

### CAPITULO XLVIII,

#### SUMARIO.

Resulta que el catolicismo está en la verdad.—Conducta que para engañar observan los seductores más vulgares.—La misma deben observar los *espíritus*, sin más diferencia que la mayor elevación de sus artificios.—Verdad de la doctrina católica que enseña que los demonios se convierten en *Angeles de luz*.—La objeción que se hace es un argumento en favor de la doctrina.—Consecuencias.

Resulta, por el contrario, que el catolicismo está en la verdad, cuando atribuye á los demonios los fenómenos, comunicaciones y manifestaciones espíritas; que el espiritismo se ve en el caso de inventar una nueva teoría ó de resucitar

un viejo sistema, y en el de criar, con el poder efímero de su palabra, nuevos seres habitantes de los espacios, ó de bautizar con otro nombre los que fueron criados desde el principio; pues de otra manera no le es posible explicar los mil absurdos y contradicciones que ve realizados. El catolicismo, sin necesidad de hacer representar á los demonios en sus funestas comunicaciones con el hombre que voluntariamente se le rinde, un estúpido papel, ni de convertirlos en atolondrados *gurripatos*, explica todos estos fenómenos mágico-espíritas de la manera más fácil y sencilla, más natural, más razonable y satisfactoria.

Podemos llegar al conocimiento de cómo deben conducirse los demonios, cuando tratan de hacerse adorar por los hombres y de extraviarlos del camino recto por medio de la seducción y del engaño, viendo lo que los hombres malvados acostumbran hacer para pervertir á sus semejantes, é inclinarlos á cometer este delito ó aquel crimen.

El seductor más vulgar de entre los hombres, si se propone propagar un error, jamás dice que es un error; si intenta buscar un cómplice de sus iniquidades, nunca muestra los actos en que estas consisten por el lado deforme

que constituye su parte positiva, sino que les busca el lado más hermoso y halagüeño, y los muestra por éste; y ya que no le es posible hacer ver en ellos la belleza real, se esfuerza en revestirlos con falsas apariencias de belleza. Se propone, por ejemplo, inducir á un acto deshonesto, y procura hacer sentir con la palabra los goces de la sensualidad; piensa inducir á que se cometa un robo, y habla de las fáciles utilidades que se obtendrán y del bienestar que proporcionará el disfrute de los bienes que se codician; pero no es probable que en ningún caso haga la apología de la fornicación, ni presente el robo como una virtud.

El seductor más vulgar entre los hombres, siempre hace caer en el error, valiéndose de una verdad que, con artificio y malos argumentos que no todos son capaces de resolver, relaciona con aquel; induce al vicio, haciendo grandes elogios de la virtud. Nunca dá el veneno que mata, solo y diciendo este es veneno, sino que le mezcla con los alimentos ordinarios que contienen la vida, repitiendo que aquel presente es un manjar gustosísimo; nunca escancia la hiel que amarga el paladar, llenando la copa de pura hiel, sino que vierte en una buena cantidad de néctar una ó dos gotas de acíbar; nunca pondrá

en la mano de ninguno el áspid cuya ponzoña quiere aprovechar, sino que cuidará de ocultarle entre las flores, hermosas á la vista y suaves al olfato por su fragancia.

Todo esto hace el seductor más vulgar entre los hombres, y todo esto se ve en la necesidad de hacer, si es que ha de lograr los perversos fines que le determinan. En el momento en que se resolviera á obrar descaradamente y con franqueza, presentando el error como error, el vicio como vicio, y el veneno como veneno, la hiel como hiel y el áspid sin nada que ocultase su deformidad, debería perder toda esperanza de conseguir su objeto; representaría con respecto á los hombres que se proponía seducir y engañar, el papel de un atolondrado *gurripato*.

Si de aquella suerte tiene que obrar el hombre seductor, cuyo entendimiento y perspicacia son siempre inferiores al entendimiento y perspicacia de los *espíritus*, de la propia manera tendrían que obrar éstos para engañar y seducir, sin otra diferencia que refinar más sus artificios con los recursos de su mayor inteligencia, y de sus más exactos conocimientos acerca de la naturaleza moral del hombre.

El catolicismo, pues, que enseña que muchas veces los demonios se convierten en ángeles de

luz para arrastrar más fácilmente á los hombres al abismo de tinieblas; que predicán la verdad, para inducir al error; que se constituyen en panegiristas de la virtud, para corromper, hace representar á los demonios el papel que les corresponde de inteligencias superiores aunque malignas, no un papel estúpido, les da á conocer como espíritus eminentes, aunque engañadores, y no como atolondrados *gurripatos*, según se esfuerzan en convencerlo los espiritistas.

La objecion, pues, de que nos ocupamos, léjos de fundar un argumento en contra de la doctrina católica acerca de los demonios, suministra una razon más en favor de ella.

En consecuencia, podemos ya concluir de cuanto hemos expuesto en los últimos capítulos, que los demonios del catolicismo, es decir, esas inteligencias puras en un principio, corrompidas por su soberbia despues, y obstinadas en el mal por toda la eternidad, existen realmente, no son mitos ni una personificacion alegórica del principio del mal, ni fantasmas á que ha dado cuerpo la imaginacion ó el interés de los teólogos, que se supone buscaban algo con que espantar á la incauta muchedumbre y tenerla temblando á su servicio. Todo esto no es más que recursos de que la incredulidad y las pasiones desenfren-

nadas se valen para hacerse ruido y formarse una atmósfera artificial de falsa calma y de aparente tranquilidad. Todo ello no es más que declamaciones vulgares y verdadera gerizonza.